

go de escribir sin plan alguno preconcebido, y doy aquí principio á mis labores. Mi trabajo ha de resultar forzosamente desatinado; mas no vaya el lector á atribuirlo más que á las circunstancias. En todo caso, estén seguros todos de que no los escandalizaré con mis palabras, pues sabido es que jamás falté á la mía.

Pido á todos mis lectores que no me olviden en sus oraciones. Vosotros principalmente, amigos míos, haced que pidan los sacerdotes, los religiosos y las religiosas que fueren de vuestras familias, y para que lleguen hasta el cielo las voces más puras, haced que tambien pidan por mí los niños en union de los ministros y de las vírgenes del Señor.

† Anoche me separé del convento, en donde se me dijo al salir que multitud de sacerdotes, de religiosos y religiosas tenía ofrecida á Dios la vida, para conseguir, mediante ese sacrificio, que jamás volviera yo á ser luciferiana. No lo soy ya por cierto; pero ¡oh Dios mío! no acepteis la vida de ninguno de vuestros sacerdotes, no acepteis la de ninguna de vuestras religiosas, tan puras y llenas de merecimientos; aceptad, sí, la mía cuanto ántes!

† ¡Nuestra Señora de las Victorias, Nuestra Señora del Sagrado Corazon! ¡Rogad por mí!

† ¡Juana de Arco! ¡Combate por mí!



## CAPITULO I.

### LUCIFER EN EL SANCTUM REGNUM.

**V**IENTICINCO años un mes ocho días tenía de edad, cuando fui presentada oficialmente á Lucifer; es decir, cuando por primera vez vi con mis propios ojos á Aquel que se dice rival del Dios de los cristianos y eterno superior suyo. Tres días ántes había pedido que le presentara yo mis homenajes, y el día 8 de Abril de 1889, que fué un lunes, se los presenté efectivamente en el Sanctum Regnum. ¡Fecha funesta, que hoy maldigo, cuando por espacio de seis años fué motivo para mí de gloria mientras viví engañada!

Multitud de obras y de periódicos se han estado ocupando de mi persona en estos últimos años,



y no há mucho que leía en el *Figaro* (Suplemento al número de 15 de Junio de 1895) un artículo de M. Huysmans sobre la magia y el satanismo, artículo en el cual, ignorando su autor que he tenido la dicha de abrir los ojos á la luz del verdadero Dios, y que renuncié ya para siempre á Satanás, no deja de tratarme con dureza, bien que no por ello conservo para él ni sombra de mala voluntad. Con todo, incurro con respecto á mí en un error que no puedo ménos de lamentar y que me apresuro á rectificar al dar principio á estas Memorias. A juzgar por su artículo, M. Huysmans está bastante instruido en materia de Paladismo; la distincion que hace de luciferianos y satanistas — ó satánicos, como él dice — es exactísima por lo que mira á la absoluta separacion de los dos campos. Pero se engaña atribuyendo á los luciferianos paladistas el robo de hostias consagradas que con audacia no común se perpetró hace un año en Nuestra Señora de Paris, dejando tan justamente indignados á los católicos de todo el mundo. De las deducciones que hace el articulista, citando tambien la revista que he dejado de publicar, parece desprenderse, ó cuando ménos así lo insinúa, que el grupo disidente del cual formé parte fué el culpable de aquel robo sacrilego. Si así fuese, reflexionando como reflexionarían los que abrigaran la misma sospecha que M. Huysmans, pura hipocresía indigna habría sido, segun ellos, el haber protestado yo públicamente, como lo hice, contra la profanacion de las sagradas Especies. No de-

bo, pues, pasar por alto una sospecha de ese género, confesando, y todo, en voz muy alta los demás errores de mi vida pasada.

Con más equidad me han tratado MM. el Dr. Bataille, de la Rive, Margiotta y otros muchos escritores católicos, á quienes nunca agradecería debidamente la conducta que con relación á mí han seguido.

En concepto de estos últimos, estoy fuera del número de todos aquellos adoradores y adoradoras del Demonio, para quienes pisotear y apuñalear el Sacramento eucarístico ha sido causa de un placer comparable nada más con el que deben de experimentar los caníbales que despedazan á sus enemigos. Largo tiempo estuve teniéndolos por locos á todos ellos; hoy, empero, siéntome á punto de verlos como criminales de gran talla.

M. Huysmans estaría en lo justo, diciendo que todos en general, luciferianos y satanistas, procuran por cualesquier medios proveerse de hostias consagradas; porque ninguna distinción cabe hacer entre los dos campos en lo concerniente á tales profanaciones y al origen de ellas, toda vez que unos y otros ocurren á sacerdotes apóstatas para la consagración del pan místico, y que cuando no tienen sacerdote apóstata de su gusto, proveense todos ellos de hostias por medios ya denunciados á la indignación de la gente honrada.

¿Deben imputarse á los paladistas los robos que se cometen en los templos?..... No intento de-



fenderlos, como bien se verá por las revelaciones que habré de hacer de crímenes verdaderamente atroces, en estas páginas; mas si es necesario que diga yo que, por su parte, son excepcionales semejantes robos sacrílegos, cuya consumación, casi en su totalidad, hay que imputar á esas agrupaciones satanistas, que, no unidas en Confederación universal, sino esparcidas por doquiera, son las que forman el segundo campo del Bajísimo, para usar de la feliz expresión de M. Huysmans.

Tan insignificante es la defensa que con esta rectificación hago en favor de mis ex-Hermanos y ex-Hermanas, que voy á dar á conocer desde luego el resumen de un decreto del Gran Directorio Central de Nápoles y que, siendo aplicable á todas las Provincias Triangulares europeas, manda: "*En el caso de que no se puedan agenciar de otro modo las higueras malditas necesarias para los actos del rito, no se deberá retroceder ante el hecho de tomarlas penetrando de día ó de noche en la casa del Dios Malo; pero si no pudiere hacerse tal sustracción sin apoderarse á la vez de los vasos donde se contengan, y si esos vasos fueren de metales preciosos, se dejará allí una cantidad igual al doble de su valor.*" En consecuencia, posible es y hasta probable que luciferianos paladistas hayan penetrado á guisa de ladrones en los templos católicos para apoderarse de las sagradas Especies contenidas en las custodias y en los copones, pues debe saberse que con la expresión "*higuera maldita*"

designase por relación la hostia consagrada. Pero también agrego que no es de creerse que los fanáticos del mal, capaces de semejantes profanaciones, hayan dejado alguna vez en el altar el doble del valor de los copones y las custodias que hubieren robado: opinión que emito como muy particular mía, sin aventurarme á ir muy lejos con una acusación que hiciera, puesto que si en algun caso se hubiese dejado en el altar alguna cantidad de dinero, tal cosa no habría podido menos que llamar fuertemente la atención del encargado del templo, á un grado tal que necesariamente hubiese tenido que designar ese hecho como extraordinario, como inaudito; y jamás se ha oído decir semejante cosa.

Tal es lo que pasa en cuanto a los robos que en los templos se cometen y de los cuales puede hacerse responsables á los Paladistas. Jamás hubo quien se jactara de ello en mi presencia, puesto que siempre reprobé el apuñalear las hostias; pero sí creo que robos como los de ese género han podido, han debido tener como autores á individuos afiliados en los Triangulos, sin embargo de lo cual, repito que debe tenerse ésto como excepción.

M. Huysmans dijo en el *Figaro*: Numerosos son los cuerpos de ejército del Paladismo. «El Paladismo, alta francmasonería de Luciferianos, se extiende al antiguo y al nuevo Mundo; tiene su antipapa; cuenta con una curia, con un colegio de cardenales que en cierta manera es parodia de



la corte del Vaticano." Y el autor comprueba tan formidable organización. ¿Cómo, pues, no ha podido comprender que hombres asociados en el fanatismo del mal en tan gran número y con tan buena organización, fácilmente pueden—valiéndose sobre todo de las comuniones sacrílegas de mis ex-Hermanas,—fácilmente pueden, digo, proporcionarse las sagradas Especies, cuantas veces quieran, sin recurrir á fracturas en que tuvieran que habérselas con los tribunales?

Segun el empadronamiento de 1893, sólo en Francia había ciento setenta y dos Triángulos (ocho de ellos en Paris); el efectivo de las Hermanas del Palladium varía de veinte á cincuenta por Triángulo en cada provincia, y las Caballeras Electas Paládicas, primer grado, pasan rápidamente en ese país á Maestras Templarias, segundo grado, habiendo cerca de seis mil Hermanas entre ámbos grados y más de trescientas Maestras Templarias en la Capital hasta el momento en que escribo. Ved, pues, la abominable cosecha de hostias que se recoge por trescientas mujeres que van á comulgar á dos ó tres parroquias, en la misma mañana cada una de ellas, en la Pascua de Navidad, ó bien el día de Corpus!... ¿Será creíble, segun esto, que la Sofía de los Paladistas franceses haya tenido necesidad, en la Semana Santa, de encargarse que se ejecutara en Nuestra Señora un robo para celebrar satánicamente la fiesta del Baphomet?...

Concluyamos. M. Huysmans se ha engañado

sobre este particular. Con pensar detenidamente en las cifras y en la organización, se comprenderá en el acto cuán fácil cosa es para los luciferianos paladistas satisfacer su rabia infernal contra el Cristo sin necesidad de comprometerse en nada, ni de infringir en lo más mínimo el Código penal.

— Las líneas del autor de *Allá abajo* y *En camino*, que hacen alusión á mí, entrañan cierta opinión que me afectó hondamente. Este es el motivo por el cual doy principio á mis Memorias refiriendo mi presentación á Lucifer, por más que haya yo visto otros demonios mucho ántes de haber conocido visiblemente al jefe de ellos. —

Dejo para más adelante la historia de la primera querrela que la Sofía (1) entabló contra mí, por tratarse de una aventura bien sabida ya. El que primero la refirió se mostró atento haciendo algunas rectificaciones en cuanto á fechas, y M. de la Rive rectificó asimismo un incidente referido por el Dr. M. Bataille; incidente fundado en cierta leyenda muy válida, aunque muy inexacta. A lo dicho hay que añadir algo, ya modificando unas cosas, ya suprimiendo totalmente otras. Cuando llegue yo á tocar ese punto, las pondré en el verdadero aspecto que les corresponde, mediante circunstancias hasta hoy ignoradas, que daré á

[1] Suponemos que esta Sofía, que poco ántes mencioné ya la Autora, ha de ser Sofía Walder, masona rabiosa y enemiga acérrima de Miss Vaughan. De ella habla extensamente M. Margiotta en su excelente obra «Adriano Lemmi.»—N. T.



conocer aduciendo el documento principal concerniente al caso.

Por ahora me limito á conservar la sustancia que mejor se conoce de esta historia. Presentada el 25 de Marzo de 1885 para ser iniciada como Maestra Templaria en el G. T. *San Jacobo* de Paris, hube de consentir que se aplazara mi proclamacion para ese grado por haberme negado á pasar por una de las pruebas esenciales del ritual, despues de haberme eximido de la otra prueba la voluntad de mi padre, formalmente declarada ántes de morir; prueba que, por lo demás, no habría yo aceptado nunca. Era yo, sí, luciferiana de corazon, pero opuesta abiertamente á las prácticas del satanismo. La prueba de la cual no se me había dispensado y que yo rehusaba, era el ultraje que había de hacer á las sagradas Especies Eucarísticas, pisoteándolas y apuñaleándolas. El haberse aplazado mi proclamacion en Paris, provocó un conflicto entre los Hermanos y Hermanas de *San Jacobo* y los miembros del Triángulo fundado por mi padre en Louisville, el P. T. (1) *los Once Sietes*, que fueron quienes me dispensaron la honra de conferirme el grado del cual se me declaró indigna por los Paladistas de Paris. Hubo allí entónces, con tal motivo, una crisis muy aguda que duró hasta el año de 1889. Más adelante trazaré la historia de aquella crisis.

[1] Estas iniciales: P, T, y las que poco há hemos visto: G, T, significan respectivamente, «Perfecto Triángulo», «Gran Triángulo.»—N. T.

La cual concluyó al fin con haber zanjado la dificultad Lucifer mismo, pronunciándose en mi favor despues de recibir mis homenajes de adoracion. Y ved ahí lo que todavía no se ha publicado; porque los que hablaron del asunto ignoran quién fué el verdadero autor de la solucion de aquel conflicto, que no parecía tenerla. El decreto que en 8 de Abril de 1889 expidió el General Alberto Pike, Soberano Pontífice de la Alta Masonería luciferiana, les hizo creer que la intervencion de Pike en favor mío había sido nada más que resultado de su autoridad, y esto fué lo que se repitió y corre impreso por ámbos Mundos.

Yo he dejado que digan y escriban cuanto quieran, porque hasta estos días me creía obligada por un juramento de secreto que presté acerca de lo que sucede en la Orden; mas hoy, por la gracia del único verdadero Dios, tengo la prueba de que aquel mi juramento fué nulo. Démos á Pike lo que es de Pike, á Satán lo que es de Satán y á Dios lo que es de Dios. Una oracion por Alberto Pike, todas mis maldiciones para Satanás y todo mi agradecimiento para Dios!

Con el relato de mi presentacion á Lucifer, hecha en solemne tenida especial que se celebró en el Sanctum Regnum, quedará explicado lo que hasta aquí ha sido para muchos un gran problema. ¿Cómo es, preguntan, que con estar mirando en torno mío nada más que infamias y crímenes, todavía podía yo creer en la excelencia de la religion luciferiana, y estar alimentando por tantos



años la esperanza de que llegaría á regenerar el Paladismo?

Era que mirando el estiércol, sentía yo náuseas; pero tambien creía estar viendo un diamante escondido en ese mismo estiércol, y el diamante consistía en la idea, consistía en la doctrina. Hacíame yo misma la reflexion de que todo aquel estiércol había sido amontonado por la malicia del Dios malo y de sus secuaces (maleakhs,) y que semejante inmundicia necesariamente había de tener término fijo para su duracion. Todo esto me amargaba el alma, pero tambien me imaginaba poder leer en lo porvenir, y soñaba que sería yo el apóstol de semejante regeneracion.

Para que me comprendais mejor, católicos que vais leyéndome, pensad por un momento en las predicciones que vosotros mismos acomodais á la época aciaga de la venida del Antecristo: ¿podeis concebir época más dolorosa para la religion cristiana? No, que para entónces tendrá lugar la abominacion de la desolacion, y se verán afflictivas y desastrosas apostasías, aún entre los Obispos, y se extenderá por doquiera la corrupcion. Sin embargo de eso, ¿desesperarán los justos de la tierra? No.—Pues bien, yo me veía para mí, en una época semejante á aquella en cuanto á la religion luciferiana, y me creía tambien una santa de Lucifer; sin quedarme ya la menor duda cuanto á lo primero, una vez hecha la eleccion de Lemmi. Fué ésta la *lutea periclitatio*, la fangosa prueba. Los primeros crímenes é infamias que yo

misma presenciara, eran á mis ojos como los signos precursores de aquella inmundicia suma. Y siempre y á toda hora, mirando como brillar entre el estiércol el diamante aquéll....

Lucifer era quien me había puesto en el estado de ánimo en que me encontraba y en el cual duré seis años, sin ser parte á desalentarme lo que me desgarraba el corazon, pues nada ménos que en ello me parecía ver cumplidas las tristes palabras de Aquél en quien tenía yo fé, de Aquél á quien mi educacion luciferiana me mostraba como el Dios Bueno. Me fué menester, por fin, ver á los espíritus de mentira sin el falso brillo ni la falaz belleza con que los había estado viendo, para comprender que Lucifer no es más que Satanás, y que sus ángeles son los malos ángeles. Sin eso, todavía estaría en el error; sin eso, hoy, lo mismo que ántes de la rabiosa bóveda del Comité Federal de Lóndres, seguiría obstinándome con la ceguedad de siempre en querer realizar lo que de por sí es irrealizable; quiero decir, regenerar el Paladismo lavándole de sus inmundicias, no dejando de él sino lo que para mí era diamante, dando una interpretacion de sus enseñanzas, siempre pura y conforme siempre con la inmutable moral del bien.

Vengamos hoy á mi presentacion.

Invitada por principio de cuentas para ir á Charleston por los miembros del Serenísimo Gran Colegio, llegué allá el jueves 4 de Abril. Sabida es la creencia que se tiene de que todos los viérnes, á



las tres de la tarde, se aparece Lucifer en el Sanctum Regnum, donde, segun dicen y se tiene por cosa cierta en los Triángulos, habla con los jefes principales y les da sus instrucciones, aun cuando no estén reunidos todos, esto es, el Soberano Pontífice del Supremo Directorio Dogmático, y los diez Ancianos y Jubilados, miembros *ad vitam* del Serenísimo Gran Colegio; pues aunque poseía el dón de transportarse instantáneamente Alberto Pike, no asistía con regularidad á todas las tenidas llamadas divinas. Pero el viérnes 5 de Abril de 1889 sí estuvo presente.

Yo no había sido citada para aquella reunion, porque fuera de los once primeros jefes principales, nadie puede asistir á la tenida divina semanal.

El viérnes en la tarde fué uno de los Jubilados á participarme lo que había pasado, diciéndome que el Dios Bueno habia escuchado con interés la exposicion del caso ocurrido conmigo, y que acto continuo habia ordenado que le fuese yo presentada al tercero día. Semejante noticia me llenó de júbilo.

Preparéme, pues, desde el día siguiente, cumpliendo con todo gusto las prescripciones que se me dieron en nombre de Alberto Pike.

El sábado y el domingo no tomé alimento más que una vez al día al ponerse el sol, y consistió todo él en pan moreno, un plato de sangre frita cargada de especias, una ensalada de yerbas lechosas, y agua en lugar de vino. Los dos días ya ex-

presádos los pasé encerrada en mi habitacion orando y meditando. Dormía yo sólo tres horas, y eso interrumpida dos ocasiones: la primera á las ocho de la noche, despues de haberme acostado á las siete en una cama dura y sin desnudarme, por haberme despertado una de las mujeres que me acompañaban; y la segunda, á media noche, despues de haber vuelto á acostarme á las once, hasta que por último conseguí conciliar el sueño de tres á cuatro de la madrugada. La única luz que tenía en la noche era la que despedía una lámparilla que ardía delante de una estatua del Dios Bueno, reduccion de la gran estatua de Lucifer que se conserva en el santuario de la Verdadera Luz, centro del Laberinto Sagrado, y que representa al dios de los Triángulos con las alas desplegadas y con una antorcha y un cuerno de la abundancia en las manos, pisando con el pié derecho un cocodrilo de tres cabezas.

El domingo citado, 7 de Abril, fué á interrumpir mi meditacion el Tesorero del Serenísimo Gran Colegio, para preguntarme qué metales tenía yo dispuesto ofrecer, visto el triunfo de la santa causa. Yo dí todo lo que llevaba en aquel momento, y fué lo primero con que cooperé para la propaganda general y para la creacion de Triángulos en las provincias pobres.

Al día siguiente, lúnes, no tomé nada de alimento, pues lo único que hice para mantener las fuerzas fué estar dando durante el día sorbos de una infusion de cañamon que me fueron á bende-



cir tres Jubilados. Olvidaba yo decir que el aposento que se me destinó era de una casa propiedad del Supremo Consejo. A las siete de la noche se me presentaron dos miembros de la Masonic Veteran Association, diciéndome que los siguiera; pero tanta era mi felicidad en aquel momento, que tambaleaba, y fué menester que aquellos dos individuos me tomaran del brazo para poder andar. Recuerdo que nada veía yo en mi rededor, pues tenía el espíritu completamente absorto con la idea de que iba yo á ver al Dios Bueno cara á cara. . . . ¿Por cuánto tiempo le había de ver? Todavía lo ignoro.

Al llegar al último atrio, se abrieron las puertas de hierro del Sanctum Regnum, y quedándose afuera mis dos acompañantes, oí la voz de Alberto Pike que me hablaba desde adentro.

—Nada tema vd., querida Hermana. Entre.

Yo desfallecía de emoción, y las piernas me flaqueaban; pero vuelvo á decir que no tenía miedo. No; absolutamente era el miedo lo que me tenía suspensa, y la prueba de ello es, que lejos de sentir el sudor frío del espanto, sentía en aquel momento un calofrío que me quemaba, y me latía el cerebro con violencia. . . . ¡Tanta era la febril alegría que me embargaba!

Luego que penetré en aquel lugar salieron á mi encuentro los once jefes principales, rodeándome y ofreciéndome asiento en el centro de la sala cuyas puertas se habían vuelto á cerrar. Salmodiaron aquellos un canto en un idioma que no pude

entender, y luego despues se retiraron, saliendo el último de todos Pike, despues de hablarme en los siguientes términos:

—Ha llegado la hora del mayor recogimiento, en el cual deberá vd. mantenerse hasta las doce de la noche. Esté vd. sentada durante su meditación, sin quitar la vista del Palladium, aunque si puede vd. cerrar los ojos á ratos para pensar mejor en la extraordinaria merced que se le concede; pero si con cerrarlos la vence á vd. el sueño, espántele inmediatamente, ábralos, póngase en pié y dé algunos pasos.

—Mi espíritu está alerta, le respondí. El sueño no me ganará, y toda la noche la pasaría en vela si necesario fuese.

Tornaron á cerrarse las puertas produciendo un ruido sordo, y me quedé sola, enteramente sola delante del Palladium.

No debe de ignorarse ya que el Palladium es el Baphomet templario. Tiénese el de Charleston por el ídolo mismo cuyo último conservador en Paris lo fué Jacobo de Molay, y es legendaria la manera como se salvó aquel emblema. Este Baphomet es el que ha servido de modelo para reproducir los que existen en multitud de Areópagos y Kadoschs y en todos los Grandes Triángulos. Pero sólo en los Talleres de la alta masonería se llama «Palladium» el Baphomet, y este horrendo ídolo es el que dió su nombre al Rito Supremo.

No era desconocido para mí el Baphomet, pues le había visto por primera vez en el Triángulo San



Jacobo de Paris, si bien los incidentes que ocurrieron allí al suspenderse mi recepcion no me permitieron examinarle muy de cerca.

En los *Once Sietes*, donde se me proclamó Maestra Templaria á título honorario, así como en los Grandes Triángulos que están en relaciones de amistad con el que fundó mi padre y que se pusieron de mi parte, tuve tiempo suficiente para examinar el ídolo.

El Hermano 301, sucesor de mi padre en la presidencia de los *Once Sietes*, me había explicado ya el simbolismo; pero aunque decorosa tal explicacion, no me dejó completamente satisfecha, y cuando, más tarde, comprendí que otra era la que tenía el simbolismo, sonrojéme de vergüenza por mis Hermanos y mis Hermanas. Sin embargo, con no sospechar nada de la realidad y seguir creyendo en la interpretacion del Hermano 301, profundísima era la antipatía con que veía yo la tal estatua del Baphomet, estatua que no tan sólo encontraba deforme y repugnante, sino que yendo yo más léjos, la veía *sin arte alguno*, grotesca y ridícula, pues nadie ignora que hay grandes horrores y figuras que, siendo espantosas y todo, son artísticas.

Luégo, pues, que me quedé sola en el Sanctum Regnum, me ví frente por frente del Palladium once veces sagrado, del Baphomet que ha servido y sirve aún de modelo para todos los demás, del Baphomet del Temple de Pa-

ris y de Jacobo de Molay, el mártir, como le llaman los masones y los paladistas.

Ninguna bujía, lámpara, ni foco de luz natural había en el salon, y á pesar de eso yo no estaba á oscuras. En vano hacía por explicarme qué era lo que producía una claridad tan extraña como incomprendible. Aquello semejaba una inmensa tela que despedía luces más vivas que las fosforescencias y ménos que las que pudieran penetrar por un transparente, y esa enorme tela, distendida y como tapizándolos, sobre los tres muros que forman los costados del Sanctum Regnum, pues sabido es que aquel santuario del Paladismo, el primero y más venerado, es un espacioso salon de figura triangular, con sus muros de un espesor formidable como lo pudieran ser los estribos de un puente y hechos con material de granito.

No podía ménos que llamarme fuertemente la atencion aquella especie de luminosa tela que tapizaba los muros laterales, asombrándome tanto más la cosa, cuanto que el pavimento y el plafond estaban sombríos, negros. Como ya había descansado algo con estar sentada, me levanté y me dirigí al muro. Cierto es que se me había recomendado que permaneciera yo en mi asiento para meditar; mas no por eso me proponía desobedecer á Pike, siendo así que todavía no comenzaba mi meditacion.

Me aproximé, pues, al muro, y examinándole pude ver que todo él estaba como sembrado de diminutas llamas de volúmen apenas mayor que



el de la cabeza de un alfiler, pero que ni temblaban ni rutilaban, pues no eran más que á manera de un sudor de fuego. Acerqué la mano y sentí un calor muy dulce que despedían las llamas al lamerme suavemente la piel sin producirme ni la más pequeña quemadura. Esas llamas eran como de color verde. En mi vida había visto cosa igual.

Empero allá, en el fondo de uno de los agudos ángulos del salon, destacábase con toda claridad el horroroso Baphomet, y jamás como entónces me pareció serlo tanto aquella estátua de monstruosas formas.

Satisfecha mi curiosidad, volví á mi asiento y comencé mi meditacion abriendo y cerrando los ojos alternativamente. Al abrirlos, fijaba yo la vista en aquel Palladium con cabeza de inmenso chivo, y entónces me parecía ver á veces como que se movía el mónstruo!

A veces tambien notaba yo como si clavara en mí una mirada escudriñadora, cual si hubiese querido leer en el fondo de mi corazon. Mas ¡ah! ¡cuán poco le favorecían mis ideas! Una circunstancia, una sola, encontraba yo en mi interior que viniera á atenuar algo su fealdad, y era la de que el retrato mágico había sido esculpido en una época en que casi no se conocía el arte; época en que más bien obreros que artistas inspirados por el génio, eran los escultores que tenían atestado de groseras concepciones el cerebro. Prueba de ello son las esculturas que adornan las catedrales antiguas, templos donde se admira la hermosa ar-

monía arquitectónica, el grandioso conjunto de la construccion; pero en las cuales hay estátuas inverosímiles en cuanto á la forma y á las proporciones, y algunas de figura hasta demasiado fea. Agréguese que el Baphomet templario había tenido que sufrir la injuria del tiempo; y con estas reflexiones, algo, aunque muy poco, disminuía mi horror.

Miéntras tanto, quería yo dar con la razon por lo cual Pike me había dicho que al tiempo de meditar tuviera la vista fija en el Palladium. Ningun asunto para meditar veía yo en esa estátua, como no fuese la desgraciada suerte de los Templarios, que debiera yo lamentar. No he de angustiar al cristiano lector con decirle qué ideas fueron las que me asaltaron en aquella vez, puesto que para siempre las deseché ya de mi imaginacion.

En lo que más pensaba al estar mirando aquel atormentador Baphomet, era esto:—Los católicos hacen de Lucifer un demonio á quien representan en figura muy horrible. Ahora bien, no es posible que el Dios Bueno sea más que la hermosura suma, y pues que pronto le he de ver, pues que se va á dignar aparecérseme, yo misma le conoceré tal cual es. ¡Oh Dios mío, exclamaba, mostraos á mí con todo el esplendor de vuestra gloria! Presientó que dejaría de creer en Dios si os llegara á ver semejante á esta horrible y absurda obra de Magos retrógrados que no os conocieron jamás.

No dudaba yo de la futura aparicion; pero aguardábala sin impaciencia, aunque sí con mucho